

Tras el cáncer simplemente hay que reinventarse

Por Cristina Egea (Madrid).

Mi hijo Leopoldo de cinco años entró un día en mi cuarto y me dijo: “Tú estás calva”.

La verdad es que Leopoldo siempre fue muy observador y el truco de decirle que llevaba pañuelo en la cabeza porque me gustaba ir vestida de pirata tenía todos los visos de no engañarle durante mucho tiempo: en concreto me duró una semana.

Perdón, me presento. Mi nombre es Cristina Egea, diseñadora, madre de tres hijos, con una enorme autoexigencia tanto en mi vida profesional como personal, intentando hacerlas compatibles del mejor modo que podía. Un día me diagnosticaron cáncer. En ese momento Leopoldo tenía cinco años; Ricardo, mi segundo hijo, tres, y Cristina, la



más pequeña, tan solo nueve meses. Mi mundo acababa de cambiar.

Cualquier persona puede pensar que el diagnóstico de cáncer me asustó. No fue así, mi primera reacción fue enterarme a qué medios podía recurrir y concentrarme en el indudable esfuerzo que tenía que afrontar. Pienso que tuve suerte: acababa de retirar la lactancia a mi hija pequeña hacía dos meses y me había hecho una revisión rutinaria de mama en la que no habían encontrado nada. Un día noté un bulto de manera casual y ¡se me encendió la bombilla! Me acordé de mi abuela que había tenido cáncer de mama y decidí ir al médico. Fui afortunada en el diagnóstico porque era bastante descuidada en el tema médico y muy poco aprensiva. El tumor apenas tenía un centímetro y me comentaron que detectar una lesión tan pequeña palpando es muy raro.

Tengo una manera de ser particular: cuando me enfrento a una situación difícil es como si el mundo se congelara a mi alrededor. Al tener un reto delante de mí me aílo de todo lo demás; sin embargo, en este caso había una cosa que me agobiaba: mis hijos. Yo sólo quería que tuvieran una vida lo más normal posible, sin embargo el cáncer no lo pone fácil.



El diagnóstico de cáncer te coloca frente a la realidad de la muerte. En ese momento no tuve miedo. Me hubiera dado pena dejar de hacer muchas cosas que me divierten, pero tengo una gran familia y un matrimonio estupendo. Me considero en el porcentaje de los privilegiados. Además, he tenido un cáncer en un país donde me lo pueden tratar con todos los medios. ¡Eso sí que es suerte! Pese a este sentimiento, la posibilidad de dejar solos a mis hijos me parecía una injusticia enorme. No se podían quedar sin madre tan pronto. ¿Quién les va a cuidar y a entender como yo? Cada niño tiene sus particularidades de carácter... Yo sé cómo manejar a mis hijos, cómo ayudarles y cómo sacar lo mejor de cada uno. Pensaba: ¿quién se va a dedicar a ellos como me dedico yo?

Padecer un cáncer con niños tan pequeños hace que tengas poca conciencia de estar enfermo. Mi día a día no me lo permitía porque debes hacer una vida normal. Un día llegas de la quimioterapia cansada y quieren ir a la piscina o que les lleves a cualquier sitio. Pues allí que vas, con tu parche y tu tirita que aún no te ha dado tiempo a quitarte. ¡Se va a donde haya que ir!

Cuando empecé a perder el pelo por el tratamiento tuve el conflicto: ¿peluca sí o peluca no? Al principio la llevé, aunque en un verano caluroso me empezó a provocar heridas.



Me puse un pañuelo y los niños se dieron cuenta. Tenía que estar pendiente cómo manejaba la información con ellos. Necesitaba asesoramiento profesional y pedí consejo a una psicóloga. Me comentó que los niños a esas edades están asumiendo la normalidad física y que esta alteración para ellos suponía un desconcierto tremendo. Y así fue: el mayor se lo dijo al segundo y éste tuvo una rabieta tremenda. Cuando me ponía y me quitaba la peluca creía que me arrancaba el pelo, a pesar de que nunca me vieron sin pañuelo. Me llegó a decir que me quitaba el cabello porque no le quería. Había que hablar con ellos.

La psicóloga me comentó que les explicara que el proceso de curación era lo que producía que se me cayera el pelo y no la enfermedad. Era una buena aproximación. ¿Cómo explicas qué es el cáncer a unos niños tan pequeños? Pues empezando por el principio. Les dije que había tenido un bultito en un pecho que no era bueno y que estaba tomando una medicina que iba buscando por todo el cuerpo los amigos que el bultito había hecho. La medicina era muy fuerte y hacía que se me cayera el pelo, aunque no debían preocuparse, porque el pelo volvía a salir.

Durante esa época, Leopoldo, mi hijo mayor, estaba obsesionado con Batman y dijo que lo que estaba tomando era una batmedicina. Desde entonces el cáncer se convirtió para ellos



en la enfermedad de los bultitos y la quimioterapia pasó a ser la batmedicina. ¡Parece que con ese nombre hasta cura más!

Confiar e informar

Es importante confiar en el oncólogo que te trata. Es importante sentirte apoyada por alguien que sabe lo que está haciendo. Después tienes que dejarte llevar porque hoy en día existe muchísima información que es complicado interpretar. Lo que te dice una amiga, lo que sale en internet... Todo esto puede causar un gran desconcierto mental. Mi consejo: confiar en el oncólogo y tomárselo con tranquilidad.

En mi caso sólo supo que estaba enferma mi círculo más íntimo hasta que no tomé las decisiones importantes de tratamiento. Cuando todo estaba decidido se lo comenté a todo el mundo que, como esperaba, me dio toda clase de consejos peregrinos: que si la coca cola da cáncer, que si tal médico que conocían les habían dicho que era bueno... Una recomendación meditada: tomar las decisiones con la información que crees necesaria y aislarse de todo el ruido.

Seis meses después de terminar el tratamiento ya estaba preparada para normalizar mi vida. Mi única rémora eran los



tratamientos hormonales para controlar mi nivel de estrógenos, probablemente la parte de la enfermedad que se me ha hecho más dura. Nadie te prepara para la terapia hormonal. Al hablar de cáncer crees que te enfrentas a cosas concretas, quimioterapia, radioterapia, cirugía... Para estas cosas estás preparada. Cuando te hablan de terapia hormonal no esperas que te vaya a generar tantas molestias, pequeñas minusvalías a las que te enfrentas sola y hay que compatibilizarlas con un rendimiento diario que te reclama la vida. Tenía contracturas tremendas, me era imposible realizar cualquier actividad deportiva, ¡hasta tuve una rotura de gemelo! Muchos tratamientos oncológicos están acotados en el tiempo: van a empezar y lo vas a pasar mal, pero luego van a terminar. Eso es más llevadero. Con la terapia hormonal no pasa lo mismo. En principio eran dos años con un tratamiento combinado seguido de otros cinco. Al final, cuando llevaba cuatro años de terapia, me detectaron en el mismo pecho un segundo cáncer.

Segundo cáncer

Con la detección del segundo cáncer me entraron dudas: ¿habrá más malignidad de la que habían considerado al principio? En esta ocasión opté por la mastectomía. Cuando fui al oncólogo con la mamografía me dijo que era



muy probable que fuera cáncer y me recomendó quitarme el pecho. Creo que se da enorme importancia al tema de la mastectomía. Para muchas personas puede ser terrible, pero en mi caso no supuso nada especial. Sólo tuve un momento malo: después de operarme me mandaron a casa, allí te tienes que hacer las curas y enfrentarte al espejo. El bajón duró dos días. Tardé en hacerme la reconstrucción año y medio.

Me reconstruí por lo mismo que me pondría un diente si se me cayera. Tener una cicatriz te recuerda todos los días una situación que hay que superar. Estoy encantada de haberlo hecho. En el segundo cáncer tras la mastectomía no tuve que someterme a tratamientos de quimioterapia. Someterse a la terapia química es lo que te da más conciencia de sufrir cáncer; no es porque sea mejor o peor, sino porque entras en la dinámica del paciente oncológico: vas al hospital de día, te ves con otros enfermos periódicamente.

En mi opinión, cuanto más mama te quites, mejor. Tanto es así que a la semana de haberme reconstruido un pecho en el hospital Quirón Madrid me quité el otro y quedé encantada.

Soy del triste siete por ciento de pacientes que recae y creo que no se puede hacer un protocolo para un siete por cien-



to. Mi experiencia me dice que el cáncer debe afrontarse de la manera más drástica posible porque luego las recaídas son más duras. Al principio piensas que lo que te ha pasado está muy relacionado con el azar, pero cuando te ves en la misma por segunda vez cambias de opinión. Hubo un oncólogo que me dijo que “el peor oncólogo es el que siente pena por el paciente”. Creo que es una gran verdad. Hay que utilizar los tratamientos más drásticos, aunque de entrada sean más difíciles de aceptar por el paciente que todavía no se ha dado cuenta de que al cáncer no hay que dejarle ni un hueco por donde colarse.

El paciente debe quererse mucho. Debe luchar por su vida. Se debe a si mismo estar bien. Si tú no estás bien no puedes dar a los demás todo eso que te hace sentirte útil, valorada y querida, por lo tanto debes cuidarte y sacar tiempo para llevar una vida sana. Todos tus familiares y amigos están alrededor de ti pendientes de lo que te pasa, por lo que hay que hacerles la vida más agradable. Existen enfermos que se enganchan con la sensación de atención continua del entorno. Eso no debe pasar. No te puedes convertir en una niña grande, a todo el mundo le gusta que le mimen pero debes retomar las riendas de tu vida.

Alguna vez me han preguntado si el cáncer ha condicionado mi vida. No sé. Con 25 años trabajaba hasta las once de la



noche con un estrés tremendo. Ahora sé que tengo una tendencia a sufrir cáncer y debo adaptarme. Me gusta mucho la palabra reinventarse, que supone que al cambiar tus circunstancias: hay que buscarse una vida nueva. Los tratamientos se acaban, pero la situación ha cambiado, probablemente para mejor, porque tienes otra sensibilidad, en la vida hay muchos acontecimientos que te cambian y este es solo uno más. Además, el oncólogo que me trata le da la dimensión real y me ha dicho: “No te preocupes, si recaes te volvemos a curar”.

